

Los estudios actuales de Costa Rica, al analizar los hechos del país, se preocupan fundamentalmente de las cuestiones políticas. Afincan su pensamiento en las investigaciones de este fenómeno, desde todos los puntos de vista, excepción hecha del ser humano. Casi todos son investigadores de formación jurídica, dentro de la más pura tradición nacional, de formación economista y de las disciplinas, un poco ambiguas, de las ciencias humanas. Sus libros son interesantes, pues en sus páginas tratan de clarificar al hombre costarricense en lo que ellos creen ser lo característico de su genio. Todos caen, sin embargo, en el vicio de las estadísticas, que nunca aclaran nada sino que más bien enturbian los hechos que estratifican. Por lo demás, las estadísticas, aun cuando sean precisas, constituyen siempre una amable mentira porque consideran a los hombres y a las sociedades como fuerzas abstractas y no como hechos tangibles, valga la paradoja. También hay que tomar en cuenta que las estadísticas latinoamericanas son poco confiables. Lenin decía, al rectificar los primeros errores de sus planes políticos y económicos de 1917 en la marcha hacia la sociedad sin clases de la utopía soviética, que su fracaso consistía en que nunca pudo echar mano de estadísticas rusas exactas. El mundo occidental si ha establecido estadísticas muy confiables y sin embargo, por ahí andan los resultados de esta fuente de información que trae más loco al mundo que los sueños agresivos de nuestro señor Don Quijote.

Este es un lastre con que tropezamos diariamente en los libros de nuestros investigadores. Buscan, en los entreveros de la maraña estadística, dónde se halla el origen y desarrollo de ese misterio nacional que es la democracia costarricense. El tico concreto no tiene importancia para ellos, sino más bien su comportamiento democrático, vale decir, su sometimiento a un sistema electoral que funciona perfectamente cada cuatro años y se atasca el resto del tiempo. Por esto el milagro democrático se ha ido transformando en un monstruo político que determina el destino de este diminuto país, limitado por dos mares bravíos y por una serie de dictaduras militares no menos bravías. Este monstruo político crece normalmente. Por más que se analicen sus entrañas nunca se llega a una conclusión que explique su existencia. Autores nacionales y extranjeros, sobre todo norteamericanos, explican a su manera, la razón de ser de la vitalidad democrática costarricense y siempre terminan por exhibir la incapacidad de sus análisis. Es algo tan complicado de realizar como lo era probar la existencia de Dios para los teólogos de la Edad Media. Sólo que ahora los exegetas de la realidad costarricense no operan en la Edad Media sino en una vital Clase Media. Decimos esto porque todos afirman que el secreto de la democracia costarricense descansa en la vitalidad de su clase media, la que clasifican en una serie inacabable de categorías y subcategorías, según la tendencia de la escuela sociológica a que pertenecen sus autores. Es tan serio este punto de vista que un autorizado político nacional ha llegado a afirmar los peligros que entraña esta inevitable clase media, a pesar de que se alimenta de su sustancia electoral.



León Pacheco

A esta extrema reflexión nos ha llevado la lectura de un libro friamente apasionado de nuestro buen amigo el Dr. Oscar Arias Sánchez, Ministro de Planificación, ¿Quién gobierna a Costa Rica? Es un libro objetivo, bien documentado, con el abrumador acopio de 118 cuadros estadísticos. Este libro es la culminación de innumerables publicaciones que sobre el mismo tema muchos costarricenses realizan desde hace cerca de 50 años. No hay sociólogo ni politólogo nacional que no haya publicado un tomo sobre el fenómeno alarmante de la democracia costarricense. Algunos de ellos, como Samuel Stone, en su obra "La dinastía de los conquistadores", rastrean el origen colonial de esta gran familia incestuosa que es la sociedad costarricense. Eduardo Lizano trata de explicar el "Cambio social en Costa Rica" en el libro que lleva este título. Penetra de lleno en una sociedad para él bien conformada, pues sólo hay cambio en una situación concreta capaz de evolucionar. Quizás uno de los más importantes libros sobre temas nacionales sea "La Iglesia Católica y el Sindicalismo", del profesor norteamericano James Backer. En el desarrollo de su tesis emplea un método comparativo aleccionador. Rodolfo Cerdas, de formación marxista, en su obra, "Crisis de la Democracia Liberal", analiza un instante de la evolución política costarricense y encuentra, en sus intimidades, que ha existido un liberalismo capaz de sufrir crisis, es decir, un liberalismo existente y beligerante. El Lic. Nelson Chacón Pacheco publicó el año pasado un sustancioso libro, de gran aliento, "Nuestras leyes electorales" que tiene, sobre todo, al margen de su interés histórico, un valor jurídico básico. Chacón Pacheco sigue, en este sentido, la tradición histórica que inició, al estudiar los temas de la historia política del país, don Cleto González Viquez. Con el libro, terso y sereno, de don Hernán Peralta, "Las Constituciones de Costa Rica" el del Lic. Chacón Pacheco constituye un documento fundamental para el análisis de la famosa democracia costarricense, que tan fácilmente se nos escapa de las manos al menor descuido del espíritu. No es posible citar a todos los escritores que se empeñan en descifrar la realidad política, social y económica del país. Repetimos, eso sí, que todos estos autores han hecho a un lado, con elegancia sospechosa, al hombre costarricense, su esencia humana, su sentido histórico, su verdadera raíz ancestral. El hombre de nuestros paisajes ha terminado por convertirse en una cédula de identidad para todos los usos civiles.

¿Qué nos dice el Dr. Arias Sánchez, espíritu de formación inglesa, en sus crudas investigaciones? Analiza las transformacio-

¿Quién gobierna en Costa Rica?

nes de la historia costarricense en los últimos 28 años y llega a la conclusión de que el país es un país de jóvenes, de que la sociedad costarricense ha crecido favorablemente en lo económico, pero que sigue estacionaria en sus estructuras políticas. Existe, pues, un abismo entre el desarrollo material y la vida espiritual del tico. Para llegar a sus conclusiones estudia, sobre todo estadísticamente, las funciones políticas, en relación a los estratos sociales, representativas de las tres estructuras comunes a todas las democracias: ejecutiva, legislativa y judicial. Sus revelaciones son curiosas, pero no agregan nada nuevo a las investigaciones ya existentes de la evolución histórica de la nación. Es cierto que Costa Rica es un país de jóvenes, gobernado por jóvenes y con perspectivas juveniles ansiosas y reales. Pero esta es una de las características invariables del país desde los orígenes de la República. Los jóvenes estuvieron siempre en primera línea en la vida pública, en otros tiempos, porque la población era escasa y no había de quién echar mano para gobernar pacífica o violentamente una sociedad muy permeable. Hoy sucede lo mismo, sólo que por una voluntad expresa y una petulancia suficiente. De esta presencia humana se origina la paz costarricense que, con el transcurrir de los años, se ha transformado en pasividad y oportunismo. "Uno de los principales objetivos de esta investigación —dice el doctor Arias en sus conclusiones—, era probar la verdad o falsedad de la opinión, sostenida por muchos, de que la estructura de la dirigencia formal en Costa Rica se ha democratizado desde los hechos de 1948, o como resultado de ellos. Si por democratización de la estructura de poder formal entendemos una participación mayor de individuos de estratos medios y bajos en los niveles superiores del sistema político, entonces, según nuestros datos, esa afirmación es falsa". De aquí a llegar a la conclusión de que la democracia costarricense es uno de los tantos mitos de que se nutren nuestras gentes, no hay más que un paso. Este paso no lo da el autor porque analiza al costarricense en estrato social a que pertenece y no de su clase social. O ésta no existe o se halla en germen. Esta estratificación le permite la formulación de una sociedad en franca evolución desde todos los puntos de vista, menos el humano. La realidad es muy otra.

La democracia costarricense ha sido siempre funcional, o formal, como afirma el Dr. Arias. Nunca ha sido, pues, orgánica. Cuando los dirigentes actuales de nuestra sociedad trataron de convertir la democracia funcional en orgánica, trope-

zaron con sus vicios y virtudes, con el peso muerto de una vieja oligarquía, de extracción campesina, con la cual no había manera de luchar. Este fue el fracaso del levantamiento militar de 1948 que nunca puede considerarse como una revolución. Los hombres de 1948 plantearon una revolución y la dejaron flotando en el aire. ¿Quiénes se aprovecharán de los motivos de este movimiento fracasado? Lo grave fue que sus líderes heredaron, de esa oligarquía resentida, una serie de instituciones de tipo socialdemócrata, las perfeccionaron y las dejaron crecer sin control, como no fuera el de su interés electoral. Lo único positivo que realizaron fue poner el manejo del crédito público en manos de la banca nacionalizada la cual siguió, sin embargo, en poder de una vieja burocracia pasiva, rutinaria, que actuaba en sus gestiones con mentalidad de banca privada. No puede moverse una sociedad como se desea sino con los elementos claros que la hacen evolucionar lógicamente. Lo que se perfeccionó en aquel movimiento fue el sistema electoral, como lo demuestra el libro del Dr. Arias. Este sistema ha terminado por corromperse con nuevos elementos que agravan, cada día más, las estructuras políticas al alcance de la mente costarricense. Este crecimiento peligroso es el producto de un crecimiento económico desordenado, de una serie de organismos autónomos en poder del Estado y de un estancamiento social que busca la solución de sus problemas en dos nuevos oligarquías añadidas, esta es la palabra exacta, a la vieja oligarquía de la tierra, la que se formó con los cuadros de lo que Samuel Stone llama "la dinastía de los conquistadores". La primera es la oligarquía empresarial formada por los gerentes de las multinacionales que se han apoderado del mundo. La otra es la que, apresuradamente, se está creando al amparo del gobierno, la oligarquía del Estado-Empresa. Es la más peligrosa de las tres. Cuando estas tres oligarquías logren fusionarse la democracia costarricense habrá desaparecido para siempre, sin que sus adversarios no tengan más remedio que adherirse a sus estructuras de tipo mexicano o perecer. La democracia costarricense se está devorando a sí misma.

Es interesante, en esta perspectiva histórica, leer con cuidado todo cuanto publican nuestros analistas políticos en torno a la realidad nacional. En sus reflexiones, cuando son objetivas, se trasluce la decadencia de la sociedad costarricense con la desaparición acelerada de las viejas familias en la acción pública. También en el dinamismo de los empresarios extranjeros que más pronto de lo que se imagina se harán dueños del poder político, después de haber devorado el poder económico y social. El destino del costarricense, en estas circunstancias, será el de integrar una poderosa burocracia, inútil, parasitaria, electoral, que terminará por erosionar el alma nacional. Miremos a nuestro lado y comprobaremos que el panorama no es muy halagador que digamos. Paul Valéry decía que "también nosotros las civilizaciones morimos". ¿Por qué no las democracias, sobre todo cuando se hallan desarmadas militar y moralmente? ¿Y la democracia de participación? No vemos muy clara esta idea del Dr. Arias en un país que aún ensucia las mantillas de la democracia funcional.